

1

Presentación:

La controversia *explicación-comprensión*

David Pérez Chico

1. La explicación de un suceso tan trivial como la caída de una manzana tiene un significado objetivo extrapolable a escala cósmica. Datos observables y medibles como la masa de la manzana caída, así como la distancia que separa a la manzana del centro de la Tierra pueden convertirse en variables de una fórmula de aplicación general y enorme capacidad de predicción, de tal manera que un fenómeno tan particular como la caída de una manzana es explicado por alguna ley general.

Desde la Revolución Científica en el siglo XVII, con las destacadas aportaciones de autores como J. Stuart Mill o Carl Gustav Hempel y avalado por los avances de la ciencia moderna y contemporánea, el método de las ciencias naturales consistente en proporcionar *explicaciones* de los fenómenos que ocurren en nuestro universo que, además, predigan sucesos futuros, se ha acabado imponiendo como el paradigma para la obtención de conocimiento.

2. Ahora bien, supongamos que quien observa la caída de una manzana no alberga interés científico alguno. Supongamos además que recoge la manzana del suelo y la lanza con fuerza en la dirección de

otra persona que en ese momento pasaba por allí cerca. ¿Podemos dar una explicación del comportamiento del sujeto que lanza la manzana a la luz de los *datos* observados? En este segundo caso no nos encontramos únicamente ante un movimiento físico, sino que el fenómeno observado es una acción realizada por alguien, por alguna razón. En otras palabras, el comportamiento descrito tiene un sentido, un significado intencional. Esto podemos caracterizarlo de manera provisional añadiendo simplemente que el movimiento puramente físico consistente en lanzar la manzana con fuerza en una determinada dirección está precedido por una intención (o, en general, por estados mentales intencionales como los deseos, las creencias, etc.). En este caso, los datos necesarios para explicar el fenómeno observado no son objetivos, no están necesariamente a la vista. Tampoco se trata de un comportamiento generalizable («siempre que una persona se encuentra con una manzana caída en el suelo la recogerá y se la lanzará a la primera persona que en ese momento se encuentre a una distancia...») ni, por tanto, predecible. En situaciones como la descrita, antes que tratar de dar una explicación objetiva del fenómeno observado, decimos que lo que tenemos que hacer es tratar de *comprenderla*: comprender sus razones (antes que sus causas).

3. Desde el siglo XIX, la controversia en torno a la distinción explicación-comprensión ha ido perfilando un debate sobre los métodos que caracterizan a las ciencias naturales y a las ciencias sociales y humanas, aunque no exclusivamente. ¿Apunta la aparente incommensurabilidad de la explicación y la comprensión a algún rasgo inherente de nuestra condición humana? Por el contrario, en el caso de que la incommensurabilidad no sea sino aparente, ¿son intercambiables dichas operaciones metodológicas?, ¿podríamos, entonces, hablar de una unidad de método? Más concretamente, ¿es aplicable el método de las ciencias naturales al objeto de estudio de las ciencias sociales y humanas?, ¿necesitan éstas incorporar el método de aquéllas para poder *hablar* con autoridad?, ¿es deseable que sea así? Sí parece claro que, como nos muestran algunos de los trabajos reunidos aquí, la controversia original ha ido dando paso gradualmente a cuestiones que van más allá de lo estrictamente metodológico.

4. En «La filosofía. ¿Una guía para perplejos?»,¹ George Henrik von Wright señala que comentarios como los de nuestra primera aproximación a la controversia explicación-comprensión reflejan una «tensión inherente entre la comprensión racional del hombre y la naturaleza». Una tensión que habría alcanzado sus máximas cotas en varios momentos históricos muy significativos: en el eclipse del humanismo renacentista por parte del «racionalismo orientado hacia la ciencia del Barroco»; o en la amenaza que supuso para el humanismo de la Ilustración el «racionalismo tecnológico de la era industrial». En vista de lo cual, Von Wright se pregunta si habría llegado el momento de una tercera revitalización de los ideales humanistas. En especial, añadiremos nosotros, después de un siglo XX en el que los avances científicos y tecnológicos han confirmado el asentamiento del racionalismo científico y tecnológico como paradigma de autoridad epistémica.²

5. En su libro *Explicación y comprensión* (1971), de nuevo Von Wright nombró a Johan Gustav Droysen como el responsable de la distinción entre explicación (*Erklären*) y comprensión (*Verstehen*). La intención de Droysen era dotar a los estudios históricos de un método propio que se situara a una distancia equidistante entre la especulación filosófica y teológica y la explicación causal. Con posterioridad, Dilthey sistematizó la distinción avanzada por Droysen. Dilthey observó que la explicación causal de la naturaleza busca generalizaciones cada vez más amplias; la comprensión, por su parte, aspira a adquirir conocimiento de la cosa individual articulando las típicas estructuras de la vida propias de la experiencia vivida que, según Dilthey, posee un sentido, es significativa. El hecho de que la

.....
¹ Conferencia impartida en el Congreso Mundial de Boston celebrado en el mes de agosto de 1998.

² En un trabajo reciente, Putnam muestra una preocupación parecida a la expresada por Von Wright, al referirse a «tres Ilustraciones»: la primera habría tenido lugar en la Grecia de Platón y Aristóteles, la segunda sería la Ilustración de los siglos XVII y XVIII, y la tercera, que aún no se habría producido, sería la Ilustración pragmática (H. Putnam, «The three enlightenments», en *Ethics without Ontology*, Harvard University Press, 2004, pp. 90-108).

controversia original, como apuntábamos arriba, parezca haberse diluido con el paso del tiempo quizás se deba a que, a pesar de reacciones como las impulsadas por Droysen, Dilthey y otros en el siglo XIX, ha acabado imponiéndose la tendencia según la cual el método de las ciencias naturales es el preferente para todos los ámbitos del saber. Así parecen demostrarlo algunas de las contribuciones más célebres al debate durante la primera mitad del siglo XX, como por ejemplo las de los neopositivistas, que se ocuparon de cuestionar, en lo metodológico, la validez de la comprensión, o de subrayar, en lo metafísico, la primacía de lo objetivo. No son, no obstante, las únicas posiciones que confirman la mencionada tendencia, pues el abanico de posibilidades es amplio y así lo prueban los trabajos reunidos en este volumen. Centrándonos en la filosofía, merece la pena destacar, por ejemplo, la posición ocupada por John Dewey por dos razones: la primera, porque pensaba que la tarea de la filosofía consistía en procurar que la revitalización del humanismo al que nos hemos referido arriba al citar a Von Wright, tuviera lugar; pero, en segundo lugar, y a pesar de que el pensador norteamericano opinaba que la ciencia es un valor más entre otros,³ no es menos cierto que a su entender la brecha entre las ciencias naturales y las ciencias sociales y humanas se explica porque estas últimas no habrían adoptado el método de aquellas.⁴

En resumidas cuentas, la creencia de que el método adecuado para la obtención de conocimiento fiable es el de las ciencias naturales, y con ella la creencia de que son éstas las depositarias de la auténtica autoridad epistémica, no sólo se han ido asentando como parte del conocimiento de sentido común, sino que de alguna manera explican que las propias ciencias sociales hayan tratado de redefinirse pa-

³ Efectivamente, Dewey pensaba que la ciencia era *un* valor entre otros «por ser la expresión y el cumplimiento de un deseo y un interés humano especial» (J. Dewey, *Teoría de la valoración*, Siruela, 2008, p. 158).

⁴ Dewey opinaba, por ejemplo, que «la mayor brecha del conocimiento es la que existe entre las materias humanistas y no humanistas. La brecha desaparecerá, el hueco se colmará, y la ciencia se manifestará como una unidad operante de hecho y no sólo en teoría, cuando las conclusiones de la ciencia impersonal no humanista se empleen para guiar el curso del comportamiento propiamente humano» (ibíd., pp. 157-158).

ra justificar su labor tratando de parecerse cada vez más a las ciencias naturales.⁵

6. Preocupados por las consecuencias de la anterior deriva que afecta a las ciencias sociales y humanas en general, y a la filosofía en particular, los editores del presente volumen nos propusimos recoger la controversia explicación-comprensión desde sus orígenes en autores como Droysen y Dilthey hasta los planteamientos que trascienden su faceta puramente metodológica y justifican interrogantes como el que hemos comentado de Von Wright sobre una nueva revitalización de los ideales humanistas. Los destacados colaboradores que amablemente accedieron a participar en esta iniciativa realizan una meritoria y destacada evaluación crítica de la transformación sufrida por el debate en torno a la explicación y la comprensión en el ámbito de la filosofía contemporánea, en particular, y de la productividad teórica e interés que tiene en diferentes áreas de las ciencias humanas y sociales, en general. Las cuestiones abordadas en los trabajos aquí reunidos recogen diferentes aproximaciones que van desde planteamientos históricos, fenomenológicos, analíticos y hermenéuticos, hasta los de la teoría crítica y los de la teoría de sistemas complejos. Algunos de los autores cuyas aportaciones reciben un tratamiento destacado son G. H. von Wright, Droysen, Dilthey, Weber, Heidegger, Popper, Kuhn, Gadamer, Charles Taylor, Davidson, Merleau-Ponty y Habermas.



La reflexión en torno a la explicación o la comprensión tiene antecedentes muy anteriores a los citados hasta ahora en esta introducción y no siempre vinculados a la distinción metodológica entre ciencias

.....
⁵ Que esto es así se observa, por ejemplo, en el tipo de criterios que sirven para evaluar la excelencia investigadora en las ciencias sociales y humanas: cantidad y calidad de artículos publicados en revistas indexadas, participación en reuniones, seminarios o congresos de carácter científico, participación en proyectos de investigación o de innovación, etc.

naturales y ciencias humanas y sociales. En «*Explicatio* (pliegue e historia)», Jesús Ezquerro Gómez repasa las diversas formas en las que ha sido formulada a lo largo de la historia la distinción cusana entre *explicatio* y *complicatio*, sus posibilidades y sus límites. El recorrido comienza en Aristóteles (apodíctica/dialéctica), se detiene en Descartes y Spinoza (síntesis/análisis) y en Hegel (posición/presuposición), y llega hasta nuestros días. En esta última etapa, a Ezquerro Gómez le interesa destacar la contestación tan radical que la citada distinción ha recibido desde las ciencias humanas, más concretamente el método genealógico en su reformulación foucaultiana y el concepto de «constelación» benjaminiano.

Tras el anterior recorrido histórico, los siguientes capítulos parten de la revitalización en el siglo XX de la controversia entre explicación y comprensión o de alguna cuestión conceptual estrechamente relacionada con ella. Así, en «El legado de Von Wright», Jesús Ezquerro realiza un exhaustivo balance crítico del libro de Henrik von Wright *Explicación y comprensión*, de su influencia, méritos y carencias. Ezquerro destaca algunos méritos del libro de Von Wright, entre ellos haber tendido puentes entre las tradiciones analítica y continental (al mantener la tesis del dualismo metodológico más en línea con la tradición hermenéutica continental, empleando conceptos y un estilo más propios de la tradición analítica); o el de haber situado en el centro de atención filosófico a la filosofía de la acción; o, sobre todo, el de «reabrir la vieja disputa metodológica entre las ciencias naturales y las ciencias sociales». Sin embargo, en opinión de Ezquerro, si consideramos la filosofía de la acción desarrollada por Von Wright como «una tesis sustantiva acerca de la metodología apropiada para explicar la acción humana», no queda más remedio que reconocer que no ha entablado relaciones de relevancia ni con la filosofía de la mente ni con la epistemología, lo cual tiene nefastas consecuencias para la argumentación de Von Wright porque da a entender que no ha tenido en cuenta a los seres humanos en su doble faceta de conocedores y agentes.

A continuación, en «El problema del comprender (*Verstehen*) como hilo conductor en la formación de la razón hermenéutica», Luisa Paz Rodríguez Suárez propone una revisión de las nociones de explicar, comprender e interpretar y, con ello, de la herencia de la

controversia explicación-comprensión, a la luz de la aportación de Heidegger. El trabajo parte de la primera fase de la controversia que surge con la recepción que Dilthey hace de Schleiermacher y Droysen, y recoge, entre otros aspectos, las implicaciones del planteamiento de Dilthey en la propuesta de Heidegger. En este sentido, muestra el papel del comprender en la formación de la razón hermenéutica a partir de la transformación que supone la ontología de la comprensión de Heidegger y que ha resultado fundamental para otros planteamientos posteriores como el de Gadamer o Arendt.

El siguiente trabajo, «Un caso sorprendente de mutación conceptual: el avatar contemporáneo de la comprensión y la explicación», muestra la sorprendente fluctuación conceptual sufrida a lo largo del siglo XX por los términos originales de nuestra controversia. El autor de este capítulo, Josep Maria Bech, comienza constatando que el surgimiento y la evolución del pensamiento, y en particular el ascenso, consolidación y declive de conceptos y teorías, en nuestro tiempo suelen ser escrutados desde tres puntos de vista contrapuestos: el funcionalista, el sociocéntrico y el historizador o singularizador. Para superar esta perplejidad, examina a continuación la contraposición de las operaciones de «explicar» y «comprender», advirtiendo que su hipotética estabilidad a lo largo del tiempo parece esfumarse cuando su peripezia contemporánea se observa con detenimiento. La «explicación» y la «comprensión» mantienen intacto su antagonismo, en una palabra, porque subrepticamente cada una de estas operaciones ha incorporado unos rasgos que tradicionalmente correspondían a su contrincente. Esta fluctuación tiene significativas consecuencias en cuanto a la legitimidad y la eficacia de los tres planteamientos historiográficos reseñados. La arraigada controversia metodológica original, en definitiva, ha acabado propiciando una indagación de superior calado en torno al enfrentamiento entre *nomos* y contingencia que discurre en su estrato más profundo. Es un antagonismo en cierto modo más sugestivo que la propia «querella», porque ha acabado revelándose como su encubierto impulsor.

En el siguiente capítulo, «El lugar de la experiencia en la comprensión», Fernando Broncano advierte que la cuestión de la comprensión se ha vuelto más compleja de lo que era cuando se originó la controversia que sirve de hilo conductor a nuestro volumen. Parte

de la culpa de esta mayor complejidad la tiene la teoría causal de la acción que mantiene que las razones son causas de la acción. Pero también la crisis del sujeto en el siglo XX ayudaría a explicarla. En concreto, lo que defiende Broncano es que el sujeto habría muerto a manos del proceso de continua naturalización de las mismas ciencias sociales que se proponían explicarlo. Esto es, en su trabajo, Broncano se vale de la controversia entre explicación y comprensión para explorar la contraposición más general entre ciencias naturales y ciencias sociales y, más exactamente, para valorar críticamente la tendencia naturalizadora que han seguido las segundas en su afán de reclamar para sí la misma clase de autoridad epistémica que asociamos con las ciencias naturales. Broncano propone revisar cuál es la autoridad y el lugar de la tercera persona y la autoridad y el lugar de la primera y la segunda personas, pues no cree que la autoridad epistémica objetiva e impersonal propia de las ciencias naturales pueda explicar el sentido que tiene lo humano. Y así, con ese objetivo, Broncano repasa de manera crítica los distintos intentos de situar al sujeto en el espacio de prácticas que lo constituye.

La experiencia de los sujetos concretos y situados en un contexto de prácticas constitutivas también sirve para articular la reflexión en el siguiente capítulo, que lleva por título «Superando el mito de lo mental: lo que la fenomenología de la pericia cotidiana puede aportar a los filósofos». En él, Hubert Dreyfus retoma uno de sus viejos temas: qué es lo que la ciencia cognitiva, la filosofía y, en general, todos los que estén interesados por el conocimiento y la acción pueden aprender de lo que autores como Husserl, Heidegger y, sobre todo, Merleau-Ponty han dicho al respecto de nuestras capacidades y habilidades no conceptuales y encarnadas. Unas capacidades gracias a las cuales nos relacionamos con el mundo de manera eficiente sin necesidad de la mediación intelectual. En sintonía con las nuevas ciencias cognitivas *situadas* o *enactivas*, el trabajo de Dreyfus constituye una crítica al cognitivismo, al conceptualismo y al representacionalismo de las ciencias cognitivas clásicas, así como a aportaciones filosóficas recientes tan destacadas e influyentes como las de John McDowell en *Mind and World*. No tanto porque estos trabajos se equivoquen de lleno en lo que dicen sobre la cognición humana, sino porque ofrecen una visión muy sesgada de la misma y de la condición humana en general. Una

visión que, según mantiene Dreyfus, debería ser complementada con lo que aporta la fenomenología de la pericia cotidiana.

Los trabajos que vienen a continuación se centran de manera más acentuada en la figura de algún destacado autor, empezando por Donald Davidson, continuando con Karl Popper y Thomas Kuhn y finalizando con Jürgen Habermas. Los dos primeros capítulos giran en torno a la cuestión de si las razones pueden formar parte de una explicación causal de la acción. Como hemos ido viendo, el dualismo metodológico tiene como consecuencia la creencia de que el único propósito es hacer racionalmente comprensible el comportamiento. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, esta idea fue dejando paso a la de que las explicaciones mentales son explicaciones causales del mismo tipo que las explicaciones de las ciencias naturales. Suele situarse el punto de inflexión en la historia que llevó de una idea a la otra en la obra de Davidson. También se trata del punto de partida de los siguientes dos trabajos.

En «Razones y causas: nuevas perspectivas», Carlos Moya nos recuerda que en los años anteriores a la publicación del artículo de Donald Davidson «Acciones, razones y causas» (1963), la mayor parte de los filósofos daban prácticamente por supuesto que las razones no podían formar parte de una explicación causal de la acción. Según esta posición anticausalista, las razones contribuyen a explicar las acciones presentándolas como razonables, justificadas o menos inteligibles, y al hacerlo contribuyen a que entendamos que alguien que tuviera esas razones actuase como lo hizo. Davidson toma partido por una posición causalista, pero la defensa que hace de la misma, como nos hace ver Moya en su trabajo, es negativa: muestra que los argumentos anticausalistas son incorrectos. La fortaleza de las críticas davidsonianas, no obstante, no basta, según Moya, para conceder al causalismo una ventaja definitiva.

Por su parte, Agustín Vicente, en «Cómo explicarlo», coincide con Moya en que suele presentarse a Davidson como uno de los principales impulsores de la idea de que las explicaciones mentales son explicaciones causales en pie de igualdad con las explicaciones de las ciencias naturales. Sin embargo, Vicente observa que lo que defiende Davidson no es que las razones puedan participar en explicaciones causales, sino únicamente que poseen una eficacia causal

que reside en sus propiedades físicas y no en las propiedades mentales que instancian; de ahí que las explicaciones mentales no puedan ser explicaciones causales. En su trabajo, Vicente motiva esta observación y señala como verdaderos responsables de la idea de que las razones pueden formar parte de explicaciones causales a la aparición de las ciencias cognitivas y al esfuerzo de autores como Jerry Fodor o Hilary Putnam por arroparlas filosóficamente.

En el capítulo titulado «De la lógica de la situación a la psicología de la interpretación. Karl Popper, Thomas Kuhn y el método de las ciencias sociales», Juan Vicente Mayoral de Lucas explora dos perspectivas tradicionalmente opuestas sobre el método y la epistemología de las ciencias sociales: las de Karl Popper y Thomas Kuhn. En el caso de Popper nos encontramos con la tesis de que las situaciones de elección racional propias de dichos campos pueden reducirse a ejemplos basados en modelos parecidos a los de las ciencias naturales y, por lo tanto, a elementos objetivos que fundamentan la elección racional. Este intento de unificar la racionalidad contrasta con la tesis de Kuhn de que la situación sólo se comprende desde fundamentos de la elección que, en principio, pueden resultar ajenos (e incluso incomprensibles) al investigador. La perspectiva de Kuhn preserva la racionalidad y la objetividad de la elección, pero requiere una explicación intencional (y, por lo tanto, particularizada) de sus fundamentos que permanece ausente en Popper. Sin olvidarse de que responden a retos teóricos propios de los contextos en que aparecen formuladas, Mayoral de Lucas evalúa ambas propuestas en contraste con otras perspectivas más recientes sobre los fines y métodos de las ciencias sociales. Todo ello nos da una cierta medida del alcance y la generalidad reales de cada una.

José Luis López de Lizaga destaca, en «Explicación y comprensión en la teoría crítica de Jürgen Habermas», el lugar tan destacado que ocupa la controversia metodológica entre explicación y comprensión en la obra de Jürgen Habermas, desde sus primeras investigaciones epistemológicas en la época de *Conocimiento e interés* (1968), hasta la *Teoría de la acción comunicativa* (1981). López de Lizaga apunta que, en opinión de Habermas, ni la explicación ni la comprensión son métodos que se ajusten bien a las necesidades de las ciencias sociales, y es por esta razón por la que Habermas ha intentado perfilar una posición que se distancia por igual de las co-

rientes positivistas que extienden, en general, los métodos de las ciencias de la naturaleza a las ciencias sociales; y de los enfoques puramente hermenéuticos que asimilan el método de las ciencias sociales al de las llamadas «ciencias del espíritu». Lo que nos muestra López de Lizaga es en qué medida la posición de Habermas puede interpretarse como el resultado de una crítica inmanente a estos dos enfoques metodológicos contrapuestos y como una síntesis de ambos.

Por último, nos encontramos una interesante propuesta para aplicar la teoría de sistemas complejos a las ciencias sociales con el propósito de superar la controversia explicación-comprensión. En «Emergencia y explicación en sistemas complejos: el caso de la acción social», Toni Gomila observa que dicha controversia se sustentaría en una concepción de la explicación determinista, nomológico-deductiva, lineal y reduccionista, inspirada en el modelo corpuscular de la física moderna y la metafísica del sujeto como fundamento de la realidad. Esta concepción genera una escisión insuperable entre subjetividad y objetividad. Ahora bien, lo que Gomila nos muestra en su trabajo es que la teoría de los sistemas complejos, al poner de manifiesto procesos universales de autoorganización y emergencia en sistemas con múltiples componentes en interacción, y todo ello al margen de las características particulares de esos componentes, supone de hecho la superación de la exigencia de que la explicación social deba ser reduccionista e individualista. Este desarrollo abre nuevas posibilidades a la explicación social y renueva la vieja idea de la unidad de la ciencia, ya no en base al programa reduccionista, sino en virtud de poder aplicar el mismo tipo de explicación a cualquier nivel ontológico.

